



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 154 – MARZO 2025

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

Mi experiencia en Tamahú

Fátima Guzmán

Llevaba tiempo meditándolo. Aunque todos los años acostumbramos a personarnos un par de veces en Tamahú para supervisar la marcha de la misión, una voz interior me susurraba la conveniencia de una estancia más prolongada por mi parte. ¿Acaso no soy -me lo preguntaba a mí misma- la delegada de Fratisa para Guatemala? Sacudiéndome, pues, la pereza, me subí a un avión y -en los últimos días de enero- me encontraba en nuestra misión con ánimo de pulsar sus actividades durante un mes y medio. En el poblado aún se respiraban aires lúdicos, pues se acababan de celebrar sus fiestas patronales. Por otra parte, mi llegada coincidió con el cambio de párroco. Parece que el obispo desea que cada sexenio todas las parroquias de su diócesis renueven su personal eclesiástico. Me resultó una experiencia casi traumática. Tuve, de hecho, que ensamblar la pena de la despedida (P. Denis) con el júbilo de la bienvenida (P. Felipe). Confieso que me costó unos días asimilar el contraste.

Ya en la parroquia, tardé poco en percatarme de que sus instalaciones estaban muy deterioradas. Tras recibir la anuencia de Madrid, ofrecí al nuevo párroco un sustancioso donativo para que pudiera renovarlas. Y vi con alegría que casi de inmediato se iniciaron las obras de restauración. La labor de los profesionales se complementaba con la eficaz entrega del joven matrimonio (Carlos Cael y Rosita Ixim), encargado de gestionar tanto la actividad litúrgica y como el inmueble parroquial. Desde un primer momento me cayó muy bien la pareja. Descubro en ambos vivas ansias de convertir su trabajo en un servicio a Dios y al prójimo.

Desde mi llegada no he cesado de acumular vivencias.

Confieso que no es fácil pactar con las incomodidades de una misión como la nuestra. Entre ellas, la alimentación no hace gala ni de variedad ni de exquisitez. Por otra parte, su orografía, aunque fascine por sus paisajes, es más apta para cabras que para personas. No resulta, de hecho, grato subir a las aldeas por unos senderos húmedos y fangosos donde solo con entereza se mantiene la verticalidad. Sin embargo,



Carlos Cael y Rosita Ixim: una pareja feliz

siendo este uno de mis primordiales cometidos, no he desperdiciado oportunidad de acercarme a las



Un abultado número de beneficiarios dando la bienvenida a la delegada de Fratisa

comunidades que viven casi aisladas en la abruptez de la sierra. Al llegar a ellas, me entenece ver cómo agradecen mis visitas. Siempre he sabido que los indígenas son muy poco expresivos. Mas tampoco ignoro que a veces un solo gesto, aderezado con una sonrisa, abre las

compuertas del alma. Al menos tal es lo que siento al contactar con los beneficiarios de Fratisa. Lo normal es que me reciban, no solo como misionera, sino también como amiga. Y eso obviamente me hinche de júbilo.

Me confieso incapaz de verter en un par de páginas el arsenal de vivencias que no he cesado de acumular desde mi llegada. Por eso, me limito a compartir determinados momentos o situaciones donde siempre me he formulado la misma pregunta: ¿gratifica más dar o recibir? Admito que aún no he descubierto la respuesta.

El encuentro de bienvenida

Nuestro fiel representante, Raúl Leal, es un experto en manejar multitudes. Aun habiéndolo comprobado en más de una ocasión, esta vez me asombró. Ciertamente que, de antemano, habíamos convenido ofrecer -además de las 120 despensas mensuales- otras 40 que yo brindaba como gesto de buena voluntad. Era, por tanto, de esperar la presencia de al menos dos centenares de aldeanos. ¡Me quedé corta! Y eso que la jornada invitaba a no salir de casa. Durante la noche había llovido con ganas y el día amaneció inestable y desangelado. Algo poco normal en esta época. Pero todos sabemos que la climatología no se rige por las leyes de la lógica. Lo cierto es que, al llegar a los locales de Asumta, los encontré llenos a rebosar por quienes habían bajado de sus caseríos tal vez para darme la bienvenida, pero ciertamente para recoger su despensa. Aunque habían finalizado ya las fiestas patronales, fuimos agasajados durante un par de horas con el “baile del Venado” cuyos integrantes se solidarizaban así con la causa de Fratisa. Agradecí muy de veras su presencia y disfruté con sus danzas y bailoteos. Mientras, Raúl y sus dos secretarios (Giovani y Efraín) iban controlando a los beneficiarios con un minucioso protocolo. Es la única forma de protegerse contra quienes, aun sin estar convocados, tratan de obtener una despensa. La picaresca también funciona en el mundo indígena. El problema es que dársela a uno no convocado, supone quitársela a otro que sí lo está.



Una sentida oración purifica el alma

Fue para mí un momento de grata tertulia. Se demoró más de lo previsto dado que las calles -debido al nuevo drenaje- estaban levantadas. Y al tener los vehículos vedado el acceso, hubo que transportar a hombros las 160 despensas. No fue problema. Mientras yo parloteaba con las comadres, Raúl y un grupo de voluntarios trasladaron la mercancía. Todo estaba, pues, a punto para iniciar el reparto. Tal fue al menos lo que yo pensé. Sin embargo, me equivocaba. Faltaba aún la oración comunitaria. Es siempre el momento más entrañable. En esta ocasión la dirigió don David, el *cocode* del caserío “San Francisco”, secundado por Clementino cuya piedad y recogimiento a todos nos impactaron. Tras el reparto, teníamos programada una foto de grupo en el patio. Hubo, no obstante, que desistir a causa de un intempestivo aguacero.



El grupo del “Venado” actuando para Fratisa

No me pasó desapercibida la expresión de júbilo de quienes -agraciados con la despensa- regresaban a su hogar. Y a su vez me conmovió el desencanto de cuantos se habían quedado a dos velas. Me impresionó sobre todo el gesto mohíno de una ancianita (80 años) que, apoyándose en Dios y en su DNI, aun sin estar registrada, había bajado de su caserío con la firme convicción de recibir su despensa. Al no ser tal, en su rostro se aunaron el desconsuelo y el enojo. Así me lo confidenciaron sus allegadas. Atrapada por la algarabía, de momento no reaccioné. Fue solo unas horas más tarde cuando me acerqué al almacén para comprar otras 20 cestas de comida. Y, varios días después, Raúl y yo nos presentamos en su aldea para ofrecerle nuestros respetos y su canasta. La viejecita no se lo podía creer. Al cerciorarse de lo que estaba ocurriendo, nos agasajó con la más tierna de las sonrisas. Me supo a gloria.

Contactando con mis becarios

Hace solo un par de meses se aludió en nuestro Boletín a un nuevo proyecto que, aun patrocinándolo Fratisa, yo me comprometía a financiar. Pues bien, tal proyecto ya ha tomado cuerpo. Su objetivo se cifró desde un principio en brindar una esmerada educación a un reducido número de muchachos. Con tal propósito, el pasado agosto concerté con Gloria Xoná Xol ofrecer becas de estudios a 20 niños de ambos sexos. ¡Con algo hay que empezar! Ella tardó poco en madurar la idea. Con el respaldo y asesoramiento de Vinicio, que



Reunión informativa con un grupo de nuestros becarios

es el director de un centro escolar, se seleccionó a los candidatos, brindándoles la posibilidad de cursar estudios hasta alcanzar la meta que cada cual se fije. Si las calificaciones avalan su compromiso, no les faltará mi apoyo económico.

Con tales credenciales, Gloria conformó el grupo. Dado que en Guatemala el sistema educativo es distinto del nuestro, apenas acaba de empezar el curso (19 de febrero). Y en él nuestros veinte

becarios comienzan a afrontar su nuevo reto. A principios de mes los cité a todos para conocerlos y

animarlos. Algunos no pudieron personarse por estar a la sazón trabajando con sus padres en la pisca del café (Honduras). Sin embargo, al regresar, se han puesto en contacto con Vinicio quien los ha provisto del material pertinente.



Nunca es fácil subir a las aldeas

En nuestra reunión previa, quedó claro que deseamos ofrecerles una esmerada educación. Los invitamos a concienciarse de que el colectivo indígena de su país solo logrará erradicar la marginación, si se activan en él los proyectos educativos. Y por la expresión de sus rostros, vi claro que lo entendían muy bien y estaban prestos a iniciar una nueva andadura. No ignoro que los niños se entusiasman con facilidad. Sé también que su ilusión se desvanece muy pronto si se sienten desprotegidos. Hago votos para que con nuestro grupo aún en ciernes no ocurra tal. Siendo Gloria su tutora y Vinicio su asesor, oso otear el futuro con cierta dosis de optimismo. Presiento que, si se comienza con una veintena, más de la mitad se quedará en el camino. No obstante, si varios alcanzan la meta, me daré por muy satisfecha, sabedora de que “ayudando a una sola persona, se ayuda a la humanidad”.

Las visitas a las aldeas

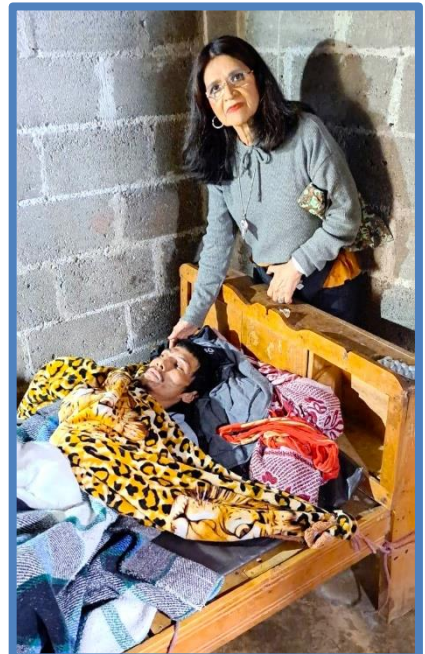
Al llegar a Tamahú, lancé una fugaz mirada hacia sus desafiantes cerros mientras me preguntaba si tendría fuerzas y arrestos para adentrarme en ellos. Sé muy bien que en sus

quebradas más altas suelen ocultarse las aldehuelas donde viven nuestros beneficiarios. Imaginando desde lejos el escenario, hasta puede parecer romántico. Viéndolo de cerca, resulta casi aterrador. Más aún, pensando en sus veredas empinadas y fangosas donde cuando no se sube es porque se está bajando. Por aquellos lares, llanear es pura utopía. Cierto que venía preparada con unos bastones de senderismo y unos tenis antiderrapantes. Pero ¿sería capaz de alcanzar mis objetivos?

Ha pasado más de un mes desde que me formulaba tal pregunta. Y ahora puedo afirmar que mis logros han superado mis temores. Dado que, desde hace un tiempo disponemos de un todoterreno, con él nos hemos adentrado hasta donde terminan los caminos. Una vez allí, o bien sola o bien apoyándome en Raúl, he conseguido llegar hasta varias comunidades donde el hecho de sobrevivir puede celebrarse como un triunfo. Ocultas tras los altozanos, unas sin agua y otras también sin luz, en todas se masca el desamparo. Al entrar en sus habitáculos y acercarme al rincón donde suele estar su cocina, de ordinario me he encontrado con varios pucheros vacíos y casi mugrientos, pero sin el menor vestigio de alimentos. Y al preguntar donde tienen su despensa, suelen responderme con un resignado mohín que, sin decir nada, lo está diciendo todo. A lo sumo, mis ojos se topan con algunas mazorcas colgadas de un cordel.

Considero portentoso que soporten su penuria con tanta entereza. Aunque lo había oído por referencias, verlo sin filtros es mucho más patético. Sin embargo, me asombra cómo armonizan la resignación con el sosiego. En ningún momento dejan translucir turbación. Si la tienen, la disimulan muy bien. Incluso suelen ofrecerme una escudilla con un brebaje que ellos denominan café, pero que -al ingerirlo- me sabe a agua tintada. Y es que no tienen más que brindar.

Al visitar una familia, lo habitual es que en la casa se encuentren solo la esposa y su prole. El marido



Visitando a un aldeano enfermo



Me han regalado unos tamales: ¿alguien gusta?

acostumbra a estar ausente. Unas veces para cultivar su terrenito con la milpa y otras porque ha salido en busca de un esporádico trabajito que le permita ganar algunos quetzales. Tampoco es raro que el esposo, o incluso toda la familia, se traslade a Honduras para laborar durante un par de meses en la recolección del café. Al menos durante ese tiempo tienen todos garantizada su pitanza. Y además, al regresar a su hogar, dispondrán de algunos quetzales con los que afrontar el mañana.

Más angustiada es aún la situación de bastantes mujeres que, por diversas razones, han sido abandonadas por sus maridos. No es infrecuente que estos se encaprichen de otra fémica o simplemente se evadan de mantener a su prole. Las madres abandonadas son un himno al desconsuelo. Y, sin embargo... ¡sobreviven! Para explicármelo, solo me resta apelar a la divina providencia. Siendo tal, ¿cómo no entender que, para recoger la despensa de víveres ofrecida por Fratisa, recorran los más abruptos caminos? Por fortuna tampoco suele faltarles el apoyo de alguna comadre que, ante la desventura de su amiga o vecina, comparte con ella lo poco que tiene. Entre los aldeanos, está muy enraizado el espíritu solidario. Quizás lo genere el desespero.

Ofrecer hogar a quien no lo tiene

Fratisa lleva ya seis años construyendo casitas. Siempre he celebrado el proyecto como providencial. Me fascina, de hecho, constatar que algunas familias, hacinadas entre tablones y hojalatas, puedan disfrutar de un hogar, si no cómodo, cuando menos habitable. Se me ha encogido el alma al observar de cerca cómo y dónde viven muchos indígenas. Si una vivienda está mal, la vecina siempre puede estar peor. Es el triste sino de los marginados. Ante tan acre realidad, prefiero no dar gritos contra las tinieblas. Juzgo más sensato encender, aunque tenue, una luz. Y así viene haciéndolo Fratisa desde que se topó con situaciones tan tétricas. No en vano llevamos 66 viviendas construidas.

Al atravesar la aldea de Sequib, la entendí como un homenaje al chabolismo. Cuando Raúl la recorría en busca de los hogares más míseros, a mí todos me inspiraban lástima. Fratisa, a través de nuestra asociada y bienhechora Victoria Romero, se había comprometido a levantar 7 nuevas viviendas en 2025. Pues bien, casi sin pensármelo, determiné que fueran 10. Las tres restantes -de la forma que sea- las financiará Fratisa. Tal decisión me alivió. Y no tanto por resolver con ella los problemas de la aldea cuanto por pensar que tres familias más, viviendo bajo techo, se liberarán del frío, la lluvia y las ventoleras.



Una de las muchas familias que viven casi a la intemperie

Me acaban de confirmar que las dos primeras viviendas ya han sido rematadas. Dado que el P. Antonio acaba de llegar a Tamahú, se desea que él asista a la entrega de llaves, programada para dentro de unos días. No sé si se animará, pues tiene cierta alergia a las cuestras y en Sequib no hay manera de evitarlas. En todo caso, dos nuevas familias (19 personas) van a disponer de un hogar sólido y durable. Por otra parte,

nuestro proyecto de construcción mantiene su ritmo acelerado, pues ya se están planificando las dos siguientes. Y, antes que se inicie la época de los huracanes, esperamos haber levantado las diez.

Mientras Dios no nos retire su licencia ... ¡seguiremos haciendo camino!

Pastoral de enfermos – Febrero 2025

Raúl Leal

Llevo ya más de seis años trabajando con ilusión y alegría en la obra solidaria de Fratisa. Lo normal para mí es hacerlo en solitario. Sin duda por ello me ha producido honda alegría que la misionera Fátima decidiera pasar una temporada con nosotros. Me ha acompañado llevando a los enfermos a los hospitales, trasladando a los discapacitados a Fundabiem y ascendiendo a las aldeas donde estamos construyendo casitas y donde tampoco faltan personas aquejadas de distintas dolencias. Desde principios de 2019 que se inició el “Proyecto Pancoj”, no hemos cesado en nuestro empeño por mejorar las condiciones de vida de cuantas comunidades indígenas viven en total postración. Durante el mes de febrero he sentido su apoyo y su cercanía. Se me ha expandido el espíritu al saberme arropado por ella, puesto que siempre comparte solícita mi inquietud. Creo que su presencia está siendo balsámica para todos, ya que se adentra en los problemas humanos y hace lo posible por darles solución.

Según ella misma me ha confesado, cambia mucho el ángulo de visión cuando se viven en carne propia las tragedias ajenas. Se ha solidarizado sobre todo con las familias que, amén de su problemática doméstica o personal, han de arrostrar los envites de la enfermedad. Juntos hemos visitado bastantes hospitales y centros médicos en Cobán, hemos llegado hasta el complejo educativo de Carchá (allí está internado Vagner, nuestro protegido) y hemos

recorrido numerosas aldeas donde se masca el amargo sabor de la pobreza. También nos hemos personado en Fundabiem, dejando a nuestros pacientes en manos de los técnicos cuyas terapias celebramos como casi portentosas. Es la primera vez que, en mi compromiso con los enfermos, he sentido vibrar en mi misma frecuencia el calor humano que nos ofrece Fratisa través de su delegada para Guatemala. Puedo garantizar que el mes de febrero, aun siendo igual que los demás, para mí ha resultado muy distinto. Y eso que en él no me han faltado zozobras ni situaciones dramáticas. Fiel al lema que, desde hace tiempo, regula mis informes, quiero centrarme en algunos episodios donde el llanto y el desconsuelo acostumbran a enjugarse con la ilusión que genera la fe.

El ocaso de una vida marcada por la tragedia

En más de una ocasión he aludido a la triste situación de la niña Jeymi Yanira (Pansup) cuya efímera existencia ha sido un poema al infortunio. Aquejada desde su nacimiento por una parálisis cerebral, se veía obligada a vivir encamada. Hace un par de años, a raíz de la visita a Tamahú de nuestros asociados de Fratisa, pusimos en marcha un dispositivo de ayuda. Al contar con el respaldo y la cooperación de sus progenitores, nos aprestamos a mejorar sus condiciones de vida. Tras comprarle una silla de ruedas, se la trasladó a la capital donde los especialistas la examinaron a fondo. Su veredicto nos tranquilizó: era posible



Trasladando a Fundabiem a varios de nuestros niños discapacitados

mejorarla a través de medicamentos y terapias. Pues bien, nada de ello le faltó. Se hicieron de inmediato las gestiones pertinentes para que fuera admitida en el programa de Fundabiem. Y así, todas las semanas, siempre en brazos de su mamá (Saida), era llevada al centro de rehabilitación cuyas terapias tardarían poco en surtirle efecto. Se percibía su gradual mejoría. Estábamos con la ilusión de adentrarla en las lindes de la



Jeymi, en sus años de total postración

normalidad. Íbamos por muy buen camino. Sin embargo, los hados se encargaron de disuadirnos. Paso a describir lo que le ocurrió.

Fue un domingo de febrero, a las 21.00. En teoría, era mi día de descanso. No yerro, sin embargo, al afirmar que casi nunca lo consigo. Y menos aún cuando surgen imprevistos. Así sucedió esa vez al sonar mi móvil. Era la voz apagada y temblorosa de Everildo (el papá de Jeymi) quien -conteniendo sus sollozos- me notificaba el inesperado, y a su vez traumático, deceso de su querida hijita. Al padecer también epilepsia, por la tarde habían comenzado sus convulsiones que, en siete crisis casi consecutivas, la convertirían en un guiñapo. Su corazón no soportó tanta presión y la niña falleció, víctima de su postrera crisis. Tras consolar al papá, me puse de inmediato en marcha para recogerlo en la finca donde estaba trabajando como guardia de seguridad. Y, pasando ambos por Tactic, compramos un ataúd costeándolo con cuotas alícuotas.

En pleno corazón de la noche, acompañados por algunos vecinos que nos salieron al encuentro para ofrecernos su apoyo, subimos con el féretro hasta su aldea donde nos topamos con la inevitable

escena de duelo. Eran bastantes los allegados que se habían dado cita en su casa para brindar consuelo a la mamá. Tras solidarizarme con su dolor, regresé de nuevo a mi hogar pues para la mañana siguiente tenía agendado un viaje a Fundabiem con nuestros niños discapacitados. Llegado al centro de rehabilitación, notifiqué el deceso de la niña a la directiva, que sin más la dio de baja. Su velorio contó con la presencia de casi todos los comunitarios a quienes agasajé con unos panes que previamente había comprado en Cobán. El entierro se hizo ya por la tarde. Los papás de la finada, anegados en el llanto, buscaban mi apoyo como solaz. Bien sabe Dios que se lo brindé. Y es que, en realidad, se trata de una familia con un temple admirable. No solo a causa de la niña. También su padre (Everildo) quedó en su momento marcado por la adversidad.

Hace ya cierto tiempo, estando aún vigentes las restricciones de la pandemia, Everildo, después de anochecer, regresaba a su hogar recorriendo la ruta a pie. De repente se detuvo a su vera un automóvil, cuyos ocupantes se brindaron a darle un aventón hasta el punto donde se inicia el sendero que asciende a su aldea. Él, confiado y agradecido, aceptó. Su sorpresa sería mayúscula cuando, llegados al punto donde debía apearse, sus supuestos anfitriones aceleraron la marcha. El pobre muchacho, presa del pánico y temiéndose lo peor, en un descuido abrió la puerta del coche y se lanzó al vacío. Con tan mala fortuna que su cabeza se chocó con una piedra, dejándolo inconsciente.

Al encontrarlo horas después unos conocidos y amigos, recabaron de inmediato mi ayuda. Lo trasladamos con premura al hospital donde permaneció dos meses en coma. Creyendo los doctores que estaba a punto de morir, abrió de repente sus ojos y comenzó a reanimarse. Por fortuna le habíamos podido ofrecer el apoyo necesario para mantener sus constantes vitales durante la hospitalización. Tras



Un angelito acaba de subir al cielo

reponerse, dando gracias a Dios por la nueva oportunidad de seguir viviendo, decidió intensificar los cuidados de su pequeña Jeymi a quien veía como un regalo divino. Siempre en connivencia con su esposa (Saida), se aferró a la esperanza de recuperarla, sobre todo al contar con la ayuda de Fratisa. Fueron dos años de intensa lucha por la vida de la pequeña. Pero, al final, acabó arrebatándonosla la muerte. Ambos progenitores, asiéndose con firmeza a la fe, atemperaron su desconsuelo convenciéndose de que su angelito había estrenado cielo.

Un regreso accidentado y casi aciago

La tarde amenazaba tormenta. Me encontraba en la oficina de Fratisa atendiendo a unas personas, cuando entró con suma cautela una joven pareja con su bebé en brazos. Los agracié con una sonrisa, disponiéndome a atenderlos. Sin ocultar su timidez, me compartieron que en el centro de salud local les habían aconsejado solicitar mi ayuda para su hijito, Brandon Vinicio Pacay Xoná, cuya colostomía reclamaba urgente atención médica. Y lo más preocupante era que solo podría recibirla en el hospital Roosevelt de la capital. Como ya es sabido, son cinco horas por trayecto. Inspirándome mucha lástima tanto el crío como sus papás, les pedí un poco de paciencia y, de ser posible, lo arreglaría para trasladarlos al día siguiente al nosocomio. Y así lo hicimos. Pasada la medianoche salíamos en el todoterreno rumbo a la capital, adonde llegamos antes de 6.00. Tras hacer las diligencias protocolarias de rigor, que son bastante largas y complejas, conseguimos que Brandon fuera al fin atendido por un doctor. Nuestro deseo era conseguir que le obturaran el orificio de la sonda. Pero no fue posible. Se le realizó en cambio una sutura antiinfecciosa. Por fortuna, su caso no requería intervención quirúrgica, por lo que solo nos recetaron unos medicamentos que de muy buen grado les regalé. Y, tras un frugal tentempié, emprendimos el regreso.



Brandon, en el hospital Roosevelt

Como el camino me resulta familiar, había calculado llegar a mi hogar en torno a las 20.00 horas. Pero mis conjeturas quedarían desmentidas por lo que nos ocurrió cuando ya estaba oscureciendo. De repente, el vehículo se detuvo, negándose a seguir rodando. Dios me ayudó a estacionarlo en la entrada de una finca de donde fui incapaz de moverlo. Ante el percance, hablé por teléfono con Vinicio. Él me serenó garantizándome enviar una grúa. Me supe arropado. Estaba aún a una hora larga de Tamahú. Sabiendo que la grúa tenía que venir desde Cobán, calculé unas dos horas de espera. Pero una vez más mis cálculos resultaron fallidos. Resultó, en efecto, que la carretera de Cobán estaba cortada a causa de un bloqueo. Y solo a las 22.00 se liberó. Menos mal que pudieron advertírmelo, atenuando así mi zozobra. Ofrecí dinero a la pareja para regresaran en un autobús y yo me quedé varado a la espera de recibir ayuda.



Brandon, a punto de iniciar el regreso

Había transcurrido apenas una hora cuando una grúa se detuvo frente a mí, diciéndome su piloto y su acompañante que habían recibido una llamada solicitando su servicio. Sin fiarme del todo, le pedí el nombre de quien les había telefonado. Al ver que titubeaban, saqué una foto a su matrícula. El conductor, desconcertado sin duda por mi reacción, decidió marcharse por donde había venido. Dios me había librado sin duda de un mal trance. De hecho, no es infrecuente que, al amparo de la noche, aparezcan grúas cuyo servicio se limita a robar los

vehículos. Si no es que de paso descerrajan un tiro en la sien del accidentado.

Había pasado ya la medianoche cuando por fin apareció mi unidad de socorro. Entre todos acomodamos el vehículo, encaminándonos hacia Tactic en uno de cuyos talleres lo dejamos, sabiendo que a la mañana siguiente se haría presente Vinicio. Algo aterido por el frío tras una más que considerable espera, conseguí al fin que un coche me diera un aventón hasta Tamahú, llegando a mi casa a las 2.00 de la madrugada. Habían sido 26 horas y no precisamente de sosiego. Estaba casi exhausto. Pues bien, para colmo, a mi hijito (Raúl



Wendy tras recibir su diagnóstico

Antonio) le entró el lloriqueo, impidiéndome conciliar el sueño. Pasé varias horas contando ovejitas hasta que a las 6.00 -teniendo agendado un viaje con pacientes a Cobán- me levanté aún somnoliento para ir recolectando a mi clientela. Son los gajes que conlleva la pastoral de enfermos. Solo pido a Dios que me infunda fuerzas para seguir afrontándola sin que me cunda el desánimo.

Los acerbos sinsabores de Wendy

Son bastantes los pacientes a los que, durante el mes de febrero, he llevado a clínicas y hospitales. Como ya he dicho en más de una ocasión, tras cada caso se oculta una tragedia. Quiero consignar hoy las penurias de Wendy Beatriz Choc Caal (24 años), una aldeana indígena, lastrada por la desventura. En compañía de la misionera Fátima, la llevé hace unos días a un centro médico de Cobán para someterla a varias pruebas y revisiones. Aunque su expresión acostumbre a ser adusta, Fátima logró que sonriera. Y más de una vez. Lo celebré como

un logro, pues de ordinario transpira congoja. No solo a causa de su epilepsia (Fratista lleva tiempo medicándola), sino también -y sobre todo- por el legado genético de una familia desestructurada.

Nadie ignora que su papá desde hace bastantes años es presa del alcoholismo. Se sabe asimismo que, en cierto momento, sedujo a su esposa para que compartiera sus melopeas. Lo consiguió hasta el punto de acabar ambos ejerciendo -como decimos por acá- de “bolos” integrales. Corroídos por el vicio, se fueron endeudando hasta verse obligados a vender su casa, que era amplia y confortable. Saneada de momento su economía, planearon comprar una más modesta, pero -al no lograrlo- optaron por alquilar un tugurio, convirtiéndolo en licorería. Siendo su dueña de muy bien ver, poco tardó en compartir aguardiente con sus clientes, con los inevitables devaneos y arrumacos. Lo cierto es que un día su marido la encontró con un hombre en una situación muy comprometida.



Wendy, risueña, en compañía de Albertina (mamá), Ángel y Melisa

Tras la bronca de rigor, ambos se refugiaron en sus respectivas botellas que obviamente no eran de agua. Pues bien, toda esa coreografía burlesca acompañó la infancia de la pequeña Wendy cuyos traumas no cesaban de agudizarse. Al estrenar adolescencia, se le acentuó el desajuste psíquico, alternando las convulsiones con los desmayos. Fue entonces cuando se juntó con un muchacho y ambos -hartos de

respirar insania- optaron por escaparse. Pasaría casi un año antes que regresara en busca de cobijo para su bebé recién nacido. Wendy, refugiada de nuevo en el hogar paterno, se fue sumiendo en un pozo de despropósitos. Aunque Fratisa le ofreciera medicación para controlar su epilepsia, se le iban agigantando las convulsiones, acompañadas de vahídos, soponcios y lipotimias. Y así fueron pasando los años...

Hace apenas una semana, bajando Fátima y yo de una aldea, nos topamos que la mamá de Wendy que nos pidió ayuda para su hija, pues, amén de sus dislates, no cesaba de crecerle la panza. Según se nos dijo, las pruebas clínicas habían descartado el embarazo. Pero la joven distaba mucho de estar entera. Se desvanecía con frecuencia y, acosada por las crisis, se arañaba el rostro con inequívocos gestos autodestructivos. Ante tanta aflicción, me comprometí a ayudarla. Y, un par de días después, Fátima y yo la llevamos a un centro clínico de Cobán donde fue sometida a una revisión profunda. El diagnóstico fue inapelable: ¡Wendy no estaba embarazada! El aumento de su vientre era provocado por una coleditiasis, con cálculos en la vesícula y problemas en el hígado. Al saberlo, respiramos tranquilos. Sin embargo, a los medicamentos para controlar su epilepsia, hubo que añadir otros para afrontar su nuevo problema. Con todo gusto se los costea Fratisa, mientras pide a Dios que eche una mano a esa desdichada muchacha, cuyo devenir parece abocado al caos, a menos que -con la ayuda de la ciencia- logremos liberarla de sus propios demonios.

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – FEBRERO, 2025

DESCRIPCION	CANTIDAD
Pacientes trasladados a neurología	02
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	20
Examen de encefalograma donado por Hospital Regional	01
Pacientes trasladados a Fundabiem	04
Asistencias durante el mes en Fundabiem	10
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	07
Pacientes trasladados a hospitales de la capital	01
Otros traslados	01
Pacientes trasladados a Dra. Pediatra de Cobán	01
Consultas médicas privadas y medicinas entregadas	03
Leche pediátrica entregada (botes)	06
Pacientes que recibieron medicina con receta	38
Extracción de piezas dentales	08
Pacientes a quienes se realizó estudio de Rayos X	01
Pacientes a quienes se realizaron exámenes de laboratorio	01
Pacientes a quienes se realizaron Ultrasonidos	02
Visitas a familias y enfermos	11
Entrega de granos básicos y otros	01
Ayuda en velorios y compra de ataúdes	01

Tañendo la campana

Emilio Álvarez Frías

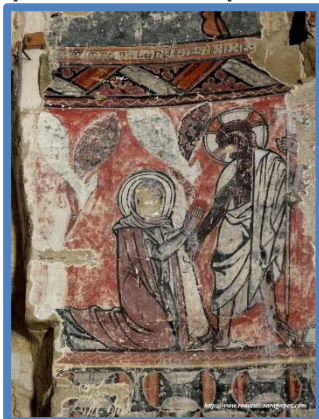
Ya que andábamos por los Pirineos, hemos querido disfrutar de la cantidad y variedad de ermitas que se hallan por todos los montes, todas las ciudades, y en numerosos rincones que apenas son fáciles de encontrar. Sin salir de la zona de Barbastro (Huesca), nos acercamos a Adahuesca para visitar la ermita de



Ntra. Sra. de Treviño, construcción que es resto de un monasterio del que no quedan referencias. Construcción transicional del románico al gótico del primer tercio del siglo XIII, en cuyo interior se encuentran pinturas primorosas de estilo gótico. Esta ermita, como tantas otras que se reparten por España, está declarada de interés cultural.

Sin posibilidad de adentrarnos a admirar tal joya, montamos nuestro espacio de meditación frente al porche de su puerta de acceso. Y allí dimos lectura al amplio informe de Fátima, que nos ha llevado a reflexionar sobre el comentario que hace en relación con que, si uno actúa como debe, el

hecho de dar es de mayor satisfacción íntima que recibir. Es mayor deleite el gozo que produce el dotar al que no tiene, al que necesita, al que vive tan luctuosamente como nuestros hermanos de los montes de



Tamahú.

Por ello tocamos las campanas en nuestro interior y también disfrutamos con la operación iniciada por Fátima de transmitir una esmerada educación a jóvenes de la zona, así como también con la aportación de Victoria Romero –y la propia Fátima– para la construcción de viviendas a quienes malviven vergonzosa y malamente en un chamizo miserable de chapas o maderas.

Como complemento a nuestras oraciones, y con la intención de hermanarnos con cuantos son atendidos por Fratisa, en el enclave de la ermita de Ntra. Sra. de Treviño intentamos hacer un «baile del venado» al tiempo que tañíamos las campanas que cada uno de nosotros llevábamos dentro.

Si desea leer algún otro número atrasado de este Boletín, consulte nuestra Web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones



Desde que Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más necesitados, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante Raúl Leal quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

Toda ayuda es de agradecer - ¡Muchos pocos hacen un mucho!

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ nº _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de
"Fundación Isabel de Lamo Patts – Fratisa", en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538

